

El Palacio de los Soviets

Un cuento para ir a dormir¹

¹ Relato de Rem Koolhaas, aparecido en *S, M, L, XL*, The Monacelli Press, 1995, p. 823. Traducción del inglés: Patricio Mardones



Esta es una historia a lo Babel, pero no tiene nada que ver con la Biblia; un cuento de hadas desentonado, sin lección, sin moraleja, y nada de interpretaciones complicadas.

En los años '30, los Soviets organizaron un concurso para el Monumento a la Tercera Internacional, ganado por un proyecto grotesco, en parte rascacielos norteamericano, en parte templete de Babel. Se veía como el insano desescalamiento de una torta de novios; en la parte superior, las figuritas de los recién casados habían sido trocadas por un enorme Lenin, apuntando –como era de esperarse– hacia delante.

Sin duda una aberración stalinista, un cínico montón de oficinas y salas de reunión para una colectividad inexistente, todo contenido en un pastiche de rascacielos a lo Sullivan, este monstruo era en realidad una estratagema política, una brutal maniobra concebida por los arquitectos moscovitas. La construcción del edificio consumiría siete años completos de la producción de hormigón de la U.R.S.S.: la década del treinta atraería inevitablemente a las vacas gordas.

Las obras comenzaron y año tras año los trabajos “progresaron”. Lo primero ocurrió abajo: colosales excavaciones para fundar. Luego, verter el concreto. Pero el agua no paraba de filtrarse entre los cimientos, inundando porfiadamente el basamento más grande construido por la humanidad. Grandes vigas de acero comenzaban a amontonarse por todo el lugar, apuntando provisionalmente hacia arriba; cada avance en las obras era inevitablemente patético al compararlo con la altura que se debía alcanzar. Cinco años más tarde, inesperadamente, estalló la guerra. La construcción entonces fue tomando un ritmo cada vez más lento, hasta detenerse y, finalmente, comenzar a ir en reversa: el acero, apenas puesto en su sitio, fue desmontado y llevado a las fundiciones para fabricar armas. Tiempo después, la guerra se acabó; Stalin aún gobernaba y la nación estaba deshecha.

El palacio parecía un gran ombligo en el corazón de la ciudad, el cráter de un volcán de ideologías extintas. La idea de continuar los trabajos era impensable hasta para las más stalinista de las imaginaciones, y otro fue el destino final para la flamante ruina. En vez de un sólido, el edificio sería más bien un vacío, una ausencia. Las

fundaciones, persistentemente inundadas por afloraciones de agua subterránea, fueron inauguradas como piscina pública. Era bastante grande como para la población completa de Moscú.

El perímetro fue acondicionado como una sala continua de vestidores divididos en secciones alternadas para hombres y mujeres. Dentro de ellos, grandes mujeres rusas vestidas con delantales blancos blandían toallas mojadas. Palmoteando indiscriminadamente los traseros de los concurrentes, iban impulsándolos hacia una resbalosa área de duchas cubierta con brotes de musgo. Angostos canales conectan el corral de las duchas a la piscina. Una placa de vidrio –con bordes casi siempre astillados– desciende bajo la superficie del agua separando adentro y afuera.

En una grosera caricatura del nacimiento, los nadadores deben buscar bajo el vidrio para emerger en el agua del exterior. No siempre es una cálida bienvenida la que los espera al otro lado: la piscina permanece abierta el año completo. En algunos días, el pelo se congela inmediatamente, transformándose en un extraño casco de hielo. Pero el agua es tibia, tan tibia como para producir abundante vapor y ocultar completamente el contorno de la piscina y lo que hay dentro de ella. La escala es desconcertante: mientras la mayoría de las piscinas impone un régimen de movimientos precisos, ésta es abierta como una ancha pradera. ¿Dónde ir? ¿Por qué? ¿Con quién?. Para ahogar estas angustias metafísicas, hay parlantes por los que se escucha música a todo volumen: la vigorizante mediocridad de una pista de patinaje. No es difícil tropezarse con una pareja de jóvenes haciendo el amor –a falta de algún otro lugar donde encontrarse– o cualquier otra actividad por el estilo.

La piscina se vuelve una entidad absolutamente romana: arena, condensador social, gran emancipador, conector, innegable productor de comunidad... la evaporación del edificio agranda hasta el infinito la lista de posibles programas.

En algunas noches sin viento, esta construcción de vapor se ve como una magnífica ampliación de la catedral de San Basilio, al otro lado del Kremlin, y aún más gigantesca que la absurda estructura a la que reemplaza. ¿Presagio de una arquitectura virtual?

1994